

JUNTO AL POZO DE JACOB

HACE un calor agobiante. El aire, recalentado por el sol, ya cercano el mediodía, quema la piel. Una caravana de mercaderes, en marcha hacia la ciudad de Sicar, ha levantado una nube de polvo que se introduce en la garganta rese-cándola. La tierra pedregosa y árida, desolada y estéril, reverbera como si desprendiera fuego.

La extensa llanura, apenas rota por las breves ondulaciones de algunos pequeños montes lejanos, da al paisaje una cansada monotonía, que solo rompe, como un milagro de vida, las esbeltas y verdes palmeras que bordean, graciosas, el pozo de Jacob. A su sombra está sentado un hombre. De vez en cuando dirige la mirada al camino, como quien espera a alguien. Los rasgos de su rostro revelan origen judío, y pese a la negra barba que los disimula, son enérgicos y extrañamente cautivadores.

Una mujer, cargada con dos cántaras, se acerca al pozo. Tiene una encantadora belleza que no ha podido borrar el declinar de la juventud. Mientras manipula para extraer de las profundidades el agua vivificante y fresca, observa al desconocido con curiosidad. Y al coincidir sus miradas, la sacude un estremecimiento. Los ojos del forastero tienen una luz, un brillo, una fascinación inquietantes.

—Dame de beber— dice él, acercándose.

La mujer está confusa, sorprendida y temerosa. Pese a la pobre vestimenta del judío, cubierta de polvo y manchada de sudor, hay una especial dignidad en su porte, austera elegancia en su figura y en sus gestos, que cohiben y atraen a un tiempo. Su voz es grave y viril, segura y afectuosa.

—¿Cómo pides de beber a una samaritana?— acierta a preguntar torpemente.

En tanto habla siente, casi físicamente, cómo aquellos ojos profundos, enigmáticos, inquiridores, se fijan en ella y cómo esta mirada penetra, a modo de haz luminoso para el que no existen obstáculos ni recodos, hasta el más apartado rincón de su alma,

descubriendo y desmanejando sus más íntimos y revueltos pensamientos, sus más escondidos deseos; y lo que resulta insólito y perturbador, cómo le invade la certeza de que adivina los hechos y sucesos de su vida, tanto aquellos que por obligada convivencia son de todos conocidos, como los que por diversa causas no confesables fueron realizados a hurtadillas y guardados en celoso secreto. La sensación de que toda su intimidad se encuentra al desnudo, hace que un intenso rubor coloree sus mejillas. Inclina la cabeza con timidez, en un intento de eludir aquel no querido examen de su existencia.

El rompe un silencio algo penoso y tenso, y su voz suena dulcemente amiga y comprensiva:

—Si conocieras quien es el que te pide de beber, serías tu quien rogara a El agua viva.

Con maliciosa ingenuidad, que pretende evitar una situación semejante a la pasada, la samaritana interroga:

—¿De dónde te viene ese agua, si no tienes con que sacarla del pozo? ¿Acaso eres más grande de Jacob?

El desconocido sacude la túnica pausadamente, se apoya en el brocal de piedras desgastadas por el tiempo y sus labios dibujan una sonrisa amable y tranquilizadora:

—Quien bebe de este agua— y señala la húmeda profundidad del pozo—, volverá a tener sed; pero quien beba de la que yo le dé, quedará saciado hasta la vida eterna.

Un leve y sofocante vientecillo mueve sus negros cabellos y agita su ropaje. La mujer vuelve a observarle, sugestionada y confundida. No acierta a comprender las palabras de aquel hombre, pero de su persona se desprende tan irresistible atractivo, de su voz tal confianza y seducción, de su sonrisa tanta comprensión y afecto y de sus ojos, insondables e inteligentes, una bondad tan inmensa e inagotable, que la hacen exclamar, intuyendo el mensaje:

—¡Señor, dame de ese agua!

MIGUEL MOLINA